

---

# CRISIS EN LA EDUCACIÓN

Gonzalo Aguirre<sup>1</sup>

---

Nuestro país enfrenta una crisis sin precedentes en su educación pública, que es a la que asisten – con escasa regularidad –, por razones económicas obvias, la gran mayoría de nuestros niños y jóvenes. Íbamos a escribir estudiantes, pero no lo hicimos porque los más de ellos estudian poco, muy poco o nada.

Desde las aulas escolares hasta las universitarias el descalabro es mayúsculo. Lo confirman las evaluaciones PISA – objetivas y de nivel internacional – y lo reconocen tirios y troyanos. Incluido el gobierno. No es cuestión de criticar a éste ni al que le precedió, porque con ello nada se gana, sino de tener claro que, con nuevas generaciones muy mayoritariamente ignorantes, nuestro Uruguay no podrá salir adelante ni superar – quizás por décadas – un retroceso intelectual y cultural que ya es notorio.

En un mundo en que no pocos países han logrado grandes avances en sus economías que van de la mano con la obtención de sistemas educativos de excelencia, el desastre a que asistimos en esta materia es de una gravedad extrema. Sobre todo porque, sin entrar en consideraciones políticas, los males nacidos de una autonomía que es de rango constitucional, agravados por la deficiente ley que hoy rige la educación no terciaria, son de muy difícil corrección, en el corto plazo al menos.

Hay una relación clara de causa a efecto, entre las bondades de los sistemas educativos y el progreso de los países que los implantan y los mantienen, en todos los órdenes. La historia uruguaya así lo demuestra.

La Suiza de América no llegó a ser tal, es decir un país ejemplar y de avanzada en una América Latina de sombras y carencias, por obra del azar ni de la genialidad de uno o más gobernantes visionarios. Suele afirmarse que el sostenido avance del Uruguay durante la primera mitad del siglo XX, se debió, sobre todo, a la personalidad, las ideas y las realizaciones del principal político de aquella época – dos veces Presidente de la República –, el señor Batlle y Ordóñez.

Si negar sus indudables méritos ni la obra que por cierto concretó, es innegable que ni él ni quienes le acompañaron y le sucedieron hubieran podido llevarla a cabo en un país de

---

<sup>1</sup> Abogado, egresado de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de la República. Ha sido profesor de Derecho Constitucional en la Universidad Católica del Uruguay y ha publicado libros, monografías y múltiples artículos sobre temas de esa rama del Derecho. También, como historiador, ha publicado “Juan Manuel de Rosas y la Historia del Río de La Plata” y “La Revolución del Quebracho y la Conciliación”, así como otros artículos y trabajos históricos. En el orden político, fue Vicepresidente de la República (1990 - 1995), Senador (1985 - 1990) y Presidente del Directorio del Partido Nacional (1990 - 1991). Integró entre 1985 y 2005 el Grupo Permanente de Uruguay ante la Corte Internacional de Justicia. [gar1@adinet.com.uy](mailto:gar1@adinet.com.uy)  
Fecha de presentación del artículo: julio de 2011.

analfabetos y de ignorantes, donde los hombres cultos y hasta eruditos hubieran sido “rara avis”.

Pero estos últimos no lo eran. Por lo contrario, menudeaban, llenaban los elencos de los sucesivos gobiernos y daban a nuestro Parlamento niveles de añorada brillantez. Ello resultaba la consecuencia lógica de una notable reforma educativa llevada a cabo en nuestro país entre 1870 y 1900.

A fines de agosto de 1868, tras casi un año de viaje por Europa y Estados Unidos, retornó al país José Pedro Varela. Influidó por Sarmiento, embajador argentino en la patria de Jefferson e imbuido de las ideas pedagógicas de Horace Mann, venía decidido a impulsar una cruzada por generalizar la educación del pueblo, cimentada en una profunda reforma que debía principiar en la enseñanza escolar.

Tal fue su empuje que ya el 18 de setiembre de 1868 concretó la fundación de la Sociedad de Amigos de la Educación Popular, secundado por Elbio Fernández, Carlos María Ramírez, Alfredo Vásquez Acevedo y alrededor de doscientos jóvenes que acompañaron con calor su iniciativa. La escuela Elbio Fernández abrió sus puertas al año siguiente. Así llamada en homenaje al primer presidente de la Sociedad – prematuramente fallecido –, en ella Varela comenzó a aplicar sus métodos pedagógicos, revolucionarios para la época y a formar a aquellas primeras maestras que luego fueron llamadas “varelianas”.

En la escuela Elbio Fernández, José Pedro Varela hizo lo que hoy llamamos una “experiencia piloto”. Que pudo trasladar a todo el país cuando tuvo el valor de aceptarle al dictador Latorre, en 1876, el cargo de “Inspector Nacional de Educación”. O sea, una especie de Ministro de Instrucción Pública con poderes casi omnímodos.

Ejerciéndolos – y trabajando sin pausa – creó la escuela laica, gratuita y obligatoria, que a lo largo y ancho del país ya era una realidad cuando falleció tres años después, con apenas 34 años de edad, en marzo de 1879. Pero su obra no se interrumpió.

La prosiguió, desde su mismo cargo, su hermano Jacobo Varela Berro. Era un clan dedicado a sacar al país de su atraso, debido a la ignorancia de la inmensa mayoría de su población. Lo integraba en primerísimo plano el eminente Alfredo Vásquez Acevedo – que integró la Sociedad de Amigos desde 1868 hasta 1886 –, cuñado de los Varela, pues su esposa era Juanita Varela Berro.

Cuando Vásquez Acevedo fue electo Rector de la Universidad en 1880 – por la Sala de Doctores- ni él se imaginaba que su rectorado sería casi ininterrumpido hasta 1899. Sustituido por José Pedro Ramírez entre 1882 y 1884, así como por Pablo De María en 1891, transformó profundamente a la rudimentaria Universidad anterior a él, con el apoyo, desde el inicio, de dos llegartenientes sobresalientes: su doble primo hermano, Eduardo Acevedo Vásquez, hijo del codificador y también cuñado de José Pedro Varela, y Martín C. Martínez.

Adviértase que, en aquel entonces, la Universidad comprendía la enseñanza secundaria, la cual, además, sólo se impartía en ella. A ambos niveles educativos, pues, abarcó la reforma que durante casi dos décadas concretó Vásquez Acevedo, fundando nuevas facultades – como la de Matemáticas (Ingeniería y Arquitectura) –, creando nuevas Cátedras, designando los profesores más capaces, con total independencia de sus ideas políticas y filosóficas, y actualizando año a años los programas de las distintas materias. Por lo menos, en la Facultad de Derecho.

De ese liceo y de esa Universidad de Vásquez Acevedo egresaron – con título universitario o sin él –, una inagotable pléyade de notabilidades, que llevaron a nuestro país al muy alto sitial que ocupó hasta 1950. Entre ellos, José Espalter, José Enrique Rodó, Carlos Vaz Ferreira, Luis Alberto de Herrera, Juan Andrés Ramírez, Alberto y Julio Guani, Leonel Aguirre, Emilio Frugoni, Justino E. Jiménez de Aréchaga, Carlos Manini Ríos, Daniel García Acevedo, José Irureta Goyena, Baltasar Brum, Eugenio J. Lagarmilla y tantos otros que dieron a nuestro Uruguay el prestigio de que justificadamente gozó durante años.

Si de aquel esplendor, nacido en las aulas y reflejado en las alturas del gobierno y del Parlamento, poco y nada queda, es porque el sistema educativo estatal se derrumbó de a poco. Y ahora está en el suelo, cual un boxeador noqueado. Culpa de casi todos nosotros, por acción o por omisión, fue que tal desastre sucediera.

Costará muchísimo repararlo. Se ha empezado a cobrar conciencia generalizada de que así es. Pero claro está que con ello no alcanza. Mucho habrá que hacer y luchar, sobre todo contra quienes a esta situación nos trajeron y de ella no quieren salir, para reconstruir el edificio derruido.

